

CUENTO N° 82

TÍTULO: UNA LINDA MASCOTA

SEUDÓNIMO: GUITARRISTA DE HAMELÍN

AUTOR: EDUARDO MARTIN FAUNES AMIGO

UNA LINDA MASCOTA

La coneja blanca que vive en el sexto, no siempre había querido a los animales. En realidad, no era que no los quisiera, pero decía que le producían alergias y le ensuciaban el piso. Si hasta creía que podían morderla y cosas así harto absurdas.

Pese a eso era tierna con ellos pero de ahí a querer hacerse cargo de alguno como mascota había abismos. No obstante, las cosas cambiaron cuando conoció a Renato. Lo habían abandonado o tal vez había querido escaparse de un circo. No hay seguridad en esa parte de la historia. Lo cierto es que el huérfano la miró con ojos de tal ternura que a la coneja se le metió profundo en el alma y, con el punto de vista muy cambiado se dispuso a llevarlo a su casa, es decir, al edificio donde vivía. Lógico, antes le limpió los ojitos que tenían por ahí alguna lágrima y lo sonó con un pañuelo grande que pudiera servirle para toda la trompa, o sea para las narices.

No le importaron los varios letreros a la entrada de su edificio que decían que no se aceptaban mascotas y que por lo tanto éstas no eran bienvenidas. Tuvo por eso una lucha dura contra el conserje, un coipo muy buena persona, que por ser eso mismo, por buena persona, no sólo cedió sino colaboró para que se llegara a un buen acuerdo sin más disputas.

Claro, se opusieron unas cabras de los departamentos del tercero y del cuarto piso, también una oveja del séptimo, pero ellas son de esas personas que no se conforman con nada, yo y todos ahí en el condominio las conocemos muy bien, así que pese a su oposición y a sus amarguras, tras el acuerdo con el

coipo, Renato viviría en un rincón del patio trasero, un lugar bastante grande donde nunca va nadie, aunque él no iba a poder pasar desapercibido. Es que es lógico, a un elefante no es posible de disimularlo, porque eso era Renato, un elefante, y un elefante se nota aunque no quiera molestar a nadie. De hecho, llamaría llorando a la coneja por las noches y haría ruido al beber su leche, porque por algo era un bebé. Con ese tipo de cosas alegaban las cabras y la oveja, exageraban, pero no tenían razón, porque para la coneja ya se había comprometido a bajar temprano en las mañanas para darle su desayuno y retozar con él cuando el sol lo permitía. Y así, esa coneja que no aceptaba a las mascotas, no sólo se sentía feliz, sino nunca se había sido tan feliz. Renato era feliz también.

Un día esa coneja blanca tan pulcra pensó que era tiempo de bañarlo. Claro que aunque Renato fuera un bebé no sería fácil escobillarlos completo y darle después los correspondientes enjuagues, además, fíjense: Renato se había convertido en un elefantito bastante inquieto que se movía de allá para acá y de acá para allá. Sin embargo, como dice el chuncho sabio de la azotea "para todo problema siempre hay solución, algo que siempre debe de tenerse en cuenta, y la solución sería hacerlo dormir", así aconsejó a la coneja que haciéndole caso, pidió permiso para que la dejaran asomarse por la ventana del segundo piso para desde ahí poder alcanzar a hablarle al oído, porque Renato había crecido demasiado. Y cuando ya pudo estar cerca de su oído, le recitó así:

El elefantito lloraba, porque no quería dormir
-¡Duerme, elefantito mío, que la luna te va a oír...

Renato empezó a cabecear y a medida que el sueño lo dominaba se fue yendo de a poquito al suelo, y la buena de la coneja que así pudo escobillarlo, lo hizo con toda la minuciosidad del mundo. Aunque surgió un problema: ¿cómo enjuagar a esa tremenda mole en que Renato se había convertido? Además las cabras del tercer piso con su amiga la oveja, le prohibieron al conserje que le prestara mangueras y que gastara agua en algo que para ellas, egoístas, no se justificaba –siempre hay problemas así en los condominios con esas personas que viven para armar problemas–.

Felizmente ese día cayó la primera lluvia de la temporada y la coneja, con sus buenas ideas, lo condujo hacia donde el agua pudiera correr libre por el cuerpo de Renato y lo hizo justo antes de que el aguacero se terminara y apareciera otra vez el sol con su hermosura.

Renato quedó así muy bien enjuagado y oloroso y la coneja se sintió contenta por él y orgullosa por lo limpio y bonito que se veía. Aunque la alegría no le duró mucho porque Renato quiso revolcarse en la tierra –eso quieren hacer siempre los elefantes después de que los bañan, sobre todo cuando aún son niños– Pero la coneja –que vivan sus excelentes ocurrencias– lo convenció de que esperara un poco sin todavía revolcarse y tejió rápido para él un gran manto azul a crochet que extendió en el suelo e invitó a que allí Renato se revolcara y se tendiera. Él aceptó encantado y la coneja se tendió también junto a él para acunar a esa mascota suya tan querida.

Claro que las protestas contra la coneja y su elefante no se habían detenido. Las cabras y la oveja eran las que las dirigían: “que ronca, que

ensucia, que por último le tenemos miedo”. Pero vino una lluvia de las grandes y la calle frente al condominio se parecía al propio Río Mataquito. Tanta era el agua y tanta la fuerza tenía que el conserje, ese coipo con mucha experiencia en aguas tormentosas, no daba abasto para pasar de una vereda a la otra a la oveja ni a las cabras que tenían que cruzar la calle para comprar al frente las verduras de su almuerzo, mucho menos a los pollos de la gallina Margarita que tenían que irse al colegio.

Al notar el tremendo problema, Renato se acercó y, a pesar de que la coneja no quería permitirselo por lo peligroso que podía llegar a ser, se echó al lomo a los pollos, a la oveja y también a las cabras, y con toda valentía los cruzó sorteando el río y su corriente, y eso que el caudal en crecida se habían vuelto tan profundo que para respirar, muchas veces Renato tenía que ocupar su trompa como esnórquel de buceador. Para qué decirlo: fue así considerado como el héroe de la jornada, o más que héroe: súper héroe.

Así que ya no hay más problemas, se acabaron. Ahora Victoria simplemente está atenta a los informes del tiempo y en cuanto sabe que la lluvia se anuncia se prepara, no para que Renato vaya a hacerlas de héroe nuevamente, sino para bañar a ese elefante suyo que poco a poco se fue haciendo más y más querido por las cabras y a la oveja, por los pollos y las gallinas, y por todos.

“Duerme elefantito mío” le dice la coneja con voz de ternura a su elefantito mientras todos sonrían, y en la noche buena que vino, todos los animales del condominio, sin hacer ruido, se acercaron después que Victoria lo hizo dormir,

y dejaron de regalo para él un gorro de viejo pascuero grandísimo para que le cupiera en su cabezota. Se lo pusieron mientras dormía, y le pusieron también una enorme capa de color rojo como las de súper héroes para que al despertar en la mañana de Navidad ya tuviera el gorro adornando su cabeza y se viera orgulloso con la capa en su espalda.

Y así pasó. Cuando esa mañana de navidad el alba despertó a Renato, el elefante mascota de la coneja, todos sus ahora amigos, lo estaban rodeando y trajeron un espejo grande donde el elefantito se pudo ver y se vio feliz con su gorro de viejo pascuero y su capa roja tan bonita. Todos en el condominio aplaudieron. Claro que la coneja nada dijo de “duerme elefantito mío” porque si no Renato de un viaje habría cerrado los ojos y se habría perdido la linda fiesta que hicieron por Navidad todos ahí en ese condominio donde otrora se prohibían las mascotas.

